

El repiquetear de las gotas de lluvia en la ventana de aquella oscura estancia, iluminada por la luz tenue y gris que se adentraba furtiva entre las nubes de tormenta, formaba un melancólico lienzo pintado entre suspiro y suspiro. El frío se adentraba traicionero bajo la piel hasta los huesos y el cuerpo cansado del llanto se posaba delicado contra el cristal, mirando al exterior. Allí estaba él, con paraguas en mano al otro lado del porche, sonriente y feliz junto a su joven vecino, el cual tendría casi la misma edad que ella. A pesar del tiempo que hiciera, quedaban a verse, a charlar y a reír. Que envidia daban. Ella los miraba siempre resignada desde su habitación, encogida tras la cortina, celosa y llena de una tristeza inmensa. Los brazos estampados en cardenales, dibujadas franjas en las venas, agarraban con resignación las piernas reprimiendo el llanto; el dolor. ¿Por qué era él y no ella? ¿Qué tenía de diferente? ¿Qué era distinto? Después de tantos años seguía sin comprenderlo.

Lo intentó, una y otra vez, sin parar, adentrarse en lo más profundo de la fortaleza de hierro de su corazón; siempre en vano. A cada sonrisa, le respondía con seriedad; a cada carcajada, un ceño fruncido; a cada logro, la indiferencia. Lo que era un paso adelante, eran más tarde tres hacia atrás. Y sin embargo, él parecía hacerlo todo tan bien... No habían imperfecciones, no había indiferencia. Con él, la seriedad se tornaba alegría, sin lugar a los enfados, a los gritos, a las lágrimas. Las mismas que lloraban las nubes y caían por sus mejillas. Reforzó el abrazo, sin apartar sus pupilas del empañado cristal, mirándole a la cara ahora tan feliz. ¿Por qué la torturaba de aquella manera? No, debía ser fuerte. No llorar. Dejar que la sangre de sus venas se evaporara a cada zanja, pegarse un tortazo si le veía feliz, estamparse contra una pared si sonreía; porque ella no podía conseguir tal premio. Y ese era su castigo. Por puro capricho de la visión, dejó de observar el exterior para centrarse en su reflejo marchito. Triste y gris. De manos mordidas en un intento de oprimir los amargos sollozos; tratando que el escozor de las heridas abiertas en vena, bañadas en sal, fuera mayor que la agonía de su alma, la cual la consumía como una llama a una vela. Un cirio que tarde o temprano se apagaría.

Un nuevo suspiro empañó el cristal, tembloroso y tímido, tapando la feliz estampa de los varones. Con la yema bajo su uña mordida, dibujó la feminidad, encogió los dedos y estampó los nudillos contra la frágil barrera que tampoco había sido capaz de protegerla de la tormenta. Eso era lo único que merecía, saltar en pedazos como un simple vidrio. Cráteres entre los dedos daban cauce a los ríos de sangre y amargura que acaban en el lluvioso mar exterior, lejano y frío. Ellos escucharon el tañido de cristales que cayeron impregnados de la esencia de la vida; miraron la ventana, encontrándose la cara a cara y desconocida por la niebla en la penumbra. Indiferentes, retomaron la felicidad y el corazón se volvió negro y cicatrizado. Nunca sería como él. La lluvia se filtraba entre la grieta de cristal. Jamás sería lo que siempre deseó. La piel se mojaba gélida. Tuvo que nacer así, fallida, imperfecta. El agua se adentraba hasta los huesos. En esta vida no alcanzaría su anhelo por ser quién era. Las lágrimas se confundían con los sollozos del cielo gris. No valía, no era nada para él; a su lado, el polvo muerto estaba antes que ella. Los cortes escocían profundos. Las mujeres no eran nada. ¿Por qué intentarlo tanto? Un hombre hubiera sido mejor. Porque todavía le quería. Una mujer era débil, era inútil. ¿Por qué tuvo que nacer así? Los hombres valían mucho más. Una mujer... sólo era un estorbo.

En el porche ya no había nadie, la lluvia se había vuelto más fuerte. El dolor era tan pesado, tan cansado... Pero no dejó de mirar al exterior. Lamentándose por cada fibra de su piel, de cada gota de sudor, de sangre, de sal; del latir de su corazón, de las débiles lágrimas que derramaba. No eran suficientes golpes los que se daba, no bastaban uno o dos cortes más en sus venas. Sólo por verle sonreír, hacerle feliz. Por él lo haría mil veces. Por él, daría la vida. Mientras, sólo podía seguir suspirando tras el cristal.